

## RESEÑAS

TOMÁS NAVARRO, *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1948. 346 págs.

Es una suerte que sobre una región hispanoamericana del interés de Puerto Rico dispongamos de un estudio tan serio, exacto y hermoso como el de don Tomás Navarro Tomás, el gran maestro de la fonética española. De ninguna región de América teníamos hasta ahora un análisis fonético tan preciso. A la luz de un conocimiento profundo de los matices peninsulares, los de la lengua general y los regionales y locales, con los que se ha familiarizado en una serie de estudios y sobre todo en la elaboración del *Atlas lingüístico de España*, que prepara desde hace muchos años, pudo abordar eficazmente los matices puertorriqueños. Nadie podía hacerlo mejor, con mayor seguridad, con más precisión.

Puerto Rico es uno de los países más pequeños de América (5,500 km.<sup>2</sup>), y el de población más densa (dos millones de habitantes); de topografía irregular, con tierras altas y bajas que forman hasta diez regiones diferentes; de extinguida población indígena y gran población de origen africano (más del 20%); de antigua y arraigada cultura hispánica (la conquista es de 1509, una de las más tempranas) y reciente dominación norteamericana (desde 1898). Todo ello implica un cúmulo de problemas que atrajeron a don Tomás Navarro a la isla hace veinte años, en 1927-1928, y le hicieron recorrer los pueblos del interior (escogió 41 puntos y además dos de la isleta adyacente de Vicques), provisto de un cuestionario de 445 preguntas de pronunciación, morfología, sintaxis y léxico, para hacer una investigación sobre el terreno y obtener una visión de los principales hechos de lenguaje en todo el país. Esos materiales de 1927-1928, complementados con observaciones sobre puertorriqueños de Nueva York y una información recogida en una serie de trabajos nuevos y viejos sobre el habla actual de Puerto Rico, le han dado este precioso volumen. Su afán ha sido investigar sobre todo las diferencias regionales y locales para ver qué es Puerto Rico dentro del habla antillana y dentro del habla general de Hispanoamérica.

Comienza con un esbozo histórico del desarrollo del habla puertorriqueña desde la conquista hasta hoy, para lo cual analiza la procedencia de los núcleos de población iniciales (mayoría de castellanos, vascos y gallegos sobre andaluces) y los que se fueron agregando en siglos posteriores, y estudia lingüísticamente los primeros documentos escritos, desde los del mismo Ponce de León. Y en seguida entra en materia.

La parte fundamental del libro es sin duda la descripción fonética, el análisis de los matices vocálicos y consonánticos, con su variada distribución dentro de la isla, para lo cual da una serie de palatogramas, inscripciones quimográficas, mapas y textos en transcripción fonética. Ha observado así una serie de hechos, algunos de los cuales no se habían señalado hasta ahora en dialectología hispanoamericana: cerramiento de -o -e hasta -u -i (*caldu, veinti*, etc.) en algunos lugares; una pronunciación *piedra, puerta, cúatro*, con dislocación del acento, en otros; diversos tipos de *s*, aun la ápticoalveolar cóncava; ceceo más frecuente de lo que suele creerse, aun cuando "no tan cerrado como el de un gaditano" ("fué este asunto uno de los puntos que más a mi pesar quedaron sin estudio bastante detenido"); *rr* velar, con tendencia al ensordecimiento, en la mayor parte de la isla; *ch* adherente, de contacto más amplio que la castellana y con momento oclusivo predominante (el momento fricativo corresponde a *y* y no a *š*), que llega a veces a convertirse en oclusiva dorsopalatal. En cambio no ha encontrado *pueita* 'puerta', etc., ni *llevaye* 'llevarle', etc., que se dan tradicionalmente como rasgos típicos de Puerto Rico y que quizá se han borrado en las últimas generaciones.

Las peculiaridades morfológicas y sintácticas fueron más escasas: no hay diminutivos en -*tico* (*ratico, momentico*, etc.), en contraste con Santo Domingo, Cuba y Venezuela; se dice *compremos* 'compramos' en mitad de la isla; *salirá, valerá* abundan más que *saldrá, valdrá*; alternan *pongamos-ponguemos-ponganos, hagamos-haguemos-háganos*, etc.; los medios más iletrados dicen *yo ha, nosotros hamos*; el gerundio concierta sorprendentemente con el pronombre enclítico en frases como (*es*)*tá peinándala, la mujer ta muriéndase*; se da la inversión sintáctica *qué tú dices*, como en Santo Domingo, Cuba y Venezuela. También encuentra *ge lo dió*, pero como igualmente se usa *ge lo comió, no ge pudieron entender*, etc., cree que ese *ge* (lo transcribe *he*) es simple aspiración de la *s* de *se*, y no conservación del antiguo *gelo*, como se ha creído.

En materia de léxico, es la primera vez que se analiza la difusión y alternancia de formas con miras a delimitar áreas como en los Atlas europeos. Don Tomás Navarro estudia la difusión de una serie de nombres de plantas y frutas (*lechoza-papaya, güiro-calabaza*, etc.), de animales (*colibri, cocuyo, güimo*, etc.), de instrumentos de trabajo (machete, partes del arado o de la rueda). Y le llama la atención la variedad de designaciones en un territorio tan pequeño. Mientras que en las provincias de Toledo, Ciudad Real y Albacete (cuatro veces la extensión de Puerto Rico) el 'timón del arado' sólo se llama *timón*, en Puerto Rico *timón, caña, lanza, tirante, pértiga, flecha*. En esas mismas provincias el 'centro de la rueda' se llama *cubo* (y rara vez *maza*), y en Puerto Rico *cubo, manzana, piña, maza, campana*. La margarita silvestre tiene en Puerto Rico más de doce nombres diferentes, mientras que en Albacete sólo *manzanilla*. Aun Granada, recolonizada casi al mismo tiempo que se conquista Puerto Rico, a 'la hoz' sólo la llama *hoz*, mientras que Puerto Rico la llama *jusilla, curva, gulvia, charrasca*,

*chambeta*, *chaveta*. Lo mismo pasa con los nombres del hongo, de la amapola, del cocuyo, del colibrí, etc. (pueden verse los mapas respectivos). Don Tomás Navarro observa así la libertad creadora del léxico puertorriqueño. Al extenderse por Puerto Rico el machete, el timón del arado, el cubo de la rueda o el tentemozo del carro, originaron una variada sinonimia que casi eliminó los nombres originarios. La denominación —dice— es impresionista y figurada, con cierto deleite tropical. Pero no se atreve, sin embargo, a sacar conclusiones definitivas: “Se comprende —dice— que la apreciación relativa de estas indicaciones tiene que quedar pendiente de la información que resulte del estudio de otros países”.

Aunque su preocupación fundamental ha sido señalar rasgos locales y regionales y delimitar áreas, observa en seguida que las áreas de las variantes puertorriqueñas son heterogéneas (la diptongación de *raíz* no coincide con la de *maíz* o *país*; la aspirada de *hacer* con la de *hablar*, etc.), es decir, que estamos lejos de la relativa regularidad, con fronteras lingüísticas, de la dialectología peninsular (la individualidad del vocablo es mayor en América en lo fonético y gramatical). Sus conclusiones son unitarias: “El español de Puerto Rico mantiene con firmeza la estructura gramatical y el vocabulario básico del idioma”. La mayor parte de los rasgos fonéticos y morfológicos se conocen en otras regiones (las dos creaciones lingüísticas exclusivas de Puerto Rico son —dice— la entonación y la distribución geográfica de los rasgos). Hay un amplio fondo de vocabulario uniforme. El español de Puerto Rico es una imagen reducida de la gran unidad lingüística del español de América.

Fuera del marco de la encuesta original, y con el plausible propósito de actualizar su investigación de hace veinte años, analiza la influencia indígena, las prolongaciones del léxico marino, militar y agrícola, los occidentalismos y andalucismos, los arcaísmos, el vocabulario de la riña de gallos, la evolución semántica, los africanismos y galicismos y aun la toponimia. Un capítulo importante está dedicado a la influencia inglesa, punto delicado —porque implica aspectos políticos—, que analiza con serenidad y maestría. Hace una observación un poco alarmante: “Repetidos testimonios confirman la impresión de que el español que hoy se oye entre la juventud puertorriqueña revela notorio descenso respecto al de la generación anterior” (pág. 225). Pero termina con una afirmación de esperanza (pág. 232): “Puerto Rico podría ser una de las regiones de América de lenguaje más limpio y refinado si el problema cultural que perturba al país llegara a resolverse con acierto y fortuna . . . Los amigos de Puerto Rico siguen con amor e inquietud los incidentes de una prueba en que van envueltas las prendas más valiosas de la linda isla antillana”.

Se ve, pues, la importancia de esta obra en nuestros estudios sobre la lengua española en América. Correspondiendo a esa importancia, vamos a dialogar con el autor, de discípulo a maestro, sobre algunas de las cuestiones que plantea.

Se tiende hoy en los estudios lingüísticos a dar gran participación, en la explicación de las innovaciones, al sustrato, superestrato o adstrato, es

decir, a causas extrañas a la lengua misma. Don Tomás Navarro es muy cauto en este terreno, pero siempre apunta como posibles esas influencias. Así, por ejemplo, la *rr* velar de Puerto Rico puede ser (lo da como hipótesis provisional) efecto de la acomodación del sonido castellano al medio indígena y mestizo, por influencia refleja de la fonética boricua, ya que el taino carecía de *rr* (pág. 95). Aun más, la *ch* adherente puede ser una modificación del sonido castellano entre la población indígena hispanizada (pág. 98). Y también una de las modalidades de la entonación, la del interior (pág. 114): "En los moderados y suaves giros del habla jíbara sobreviven acaso los ecos del desconocido acento borinqueño, al lado de otras posibles huellas de dejos y cadencias de tradición peninsular".

Es extremadamente difícil determinar el sustrato en el español de Puerto Rico. La población indígena era escasa, y en el término de la primera generación parece que no quedaban más de 2,000 indios, que se replegaron hacia el interior pero subsistieron por lo menos hasta fines del XVIII. ¿Qué influencia pudieron haber ejercido en la pronunciación puertorriqueña? El carácter velar de la *rr*, como el carácter velar de la *n* final de palabra, como la aspiración de la *s*, ¿no se pueden explicar por una causa común, el relajamiento general del contacto alveolar? Y ese relajamiento del contacto alveolar, ¿no se explica por un relajamiento general del consonantismo? En Venezuela no se encuentra, que sepamos, *rr* velar, pero sí una *rr* semejante a la que don Tomás Navarro describe como *rr* mixta: en la región oriental se oye una *rr* cuya primera vibración es una aspirada sorda (*carro-káh̄ro*) análoga a la que se da en *gobie<sup>h</sup>no*, *Ca<sup>h</sup>los*. ¿No será esa *rr* con comienzo aspirado la primera etapa del proceso de velarización? Lo apuntamos como tema de estudio. De todos modos, si la velarización de la *rr* parece deberse a relajamiento articulatorio, la *ch* adherente, la transformación de la *ch* en casi una oclusiva dorsopalatal, es proceso inverso, de realce articulatorio, que contrasta con la tendencia de algunas regiones andaluzas a convertirla en simple fricativa y contra la corriente general del fonetismo castellano a convertir las africadas en fricativas. Don Tomás Navarro ha observado además esa *ch* en venezolanos de Miranda y Lara y en colombianos de Cartagena, regiones de sustrato indígena diverso y también zonas de relajamiento articulatorio.

Más importante que la influencia del fonetismo indígena podría ser la influencia africana, ya que la población de color es integrante demográfico fundamental casi desde la primera hora. Don Tomás Navarro ve esa influencia más en la pronunciación que en el léxico (es realmente escasa la influencia africana en el vocabulario), aunque no hay en la isla —dice— ningún sonido especial ni cambio fonético alguno que pueda ser concretamente atribuido a los negros. Pero admite esa influencia en ciertas tendencias (págs. 196, 227): palatalización de la *a*, amplitud de las variantes abiertas de *e*, *o*, el desarrollo de la nasalización, la mayor libertad de las asimilaciones y disimilaciones, la relativa relajación del funcionamiento articulatorio y sobre todo el acento de notas agudas y sincopadas de las tierras bajas, "que el oído de Lope,

fino captador de melodías populares, reflejó en algunas de sus canciones”.

Quizá en este terreno toda cautela sea poca. Sobre la entonación en verdad nada podemos concluir porque faltan estudios sobre la de las lenguas de África. La relajación articulatoria (-s final de sílaba, -n final de palabra, *d* intervocálica y final, *r* y *l* finales de sílaba y de palabra, etc.) se da en gran parte de España y en muchas regiones de América en que está descartada la influencia africana. Es verdad que es más intensa y extremada en capas de población negra (lo hemos observado así en la costa del Ecuador y de Venezuela). Con todo, ¿sucederá así por el origen africano de esa población, o no será más bien por pertenecer a la clase inferior de la población, a la más pobre e inculta?

Hubo una época en nuestros estudios en que esos y otros rasgos se explicaban por andalucismo. Cuervo y Henríquez Ureña reaccionaron contra el fácil y frívolo andalucismo de otros tiempos. Don Tomás Navarro encuentra —como era de esperar— una serie de voces de procedencia andaluza, pero aunque señala semejanzas (y diferencias) fonéticas y morfológicas entre Andalucía y América, cree que los cambios coincidentes pueden ser resultado de evolución independiente (pág. 196). Si no le seduce el andalucismo, parece en cambio más tentado por el occidentalismo. No en materia de léxico (no saltan a la vista palabras gallegas o vascas), pero sí en la pronunciación (pág. 194): se manifiesta la influencia del occidente de España —dice— en el timbre cerrado y la armonía metafónica con que se pronuncian las vocales en lugares montañosos del poniente de la isla.

Llama efectivamente la atención que mientras las vocales iniciales e interiores tienden al timbre abierto, la *o* y *e* finales se cierran en gran parte del oeste de la isla hasta llegar a *-u*, *-i*: *caldo* (7 casos con *-u* y 8 con *-o* cerrada sobre un total de 43 lugares), *seto* (un caso de *-u* y 18 de *-o* cerrada), *leche* (14 casos de *-i* y 7 de *-e* cerrada), *veinte* (2 casos de *-i* y 5 de *-e* cerrada), etc. Don Tomás Navarro cree posible que en el oscurecimiento de las vocales finales en esos pueblos occidentales haya influido el fondo de antiguas familias labradoras, de procedencia gallega o asturiana que establecieron allí su residencia (pág. 50). No es imposible, en verdad. Pero teniendo en cuenta que el cerramiento no es regular, sino condicionado, y que tiene su mayor amplitud tras consonante palatal (*puño*, *cincho*, *amarillo*, *palmillo*, *noche*, etc.) o bajo la influencia de *i*, *u* acentuadas (*dulci*, *pidi*) o de semi-consonante (*dienti*, *puenti*), podría ser una innovación puertorriqueña, resultado de un proceso de asimilación en contacto o a distancia. Si se da además, a veces y sin regularidad, en otras circunstancias, es sin duda porque el fonema cerrado se ha extendido más allá de sus límites originales, aunque sin llegar a vencer ciertas resistencias: las vocales finales se mantienen abiertas en *eje*, *ojo*, *espejo*, *coge*, *lunes*, *pesos* (con *s* aspirada), etc., o tienen timbre medio en *carro*, *brazo*, *padre*, *llave*, etc. Un cerramiento condicionado de *-e* (*lechi*, *cayi* ‘calle’, y menos frecuentemente *curri* ‘corre’) señaló Espinosa en Nuevo Méjico (*BDH*, I, §47 y nota) y la señora Berta Elena Vidal de Battini en la provincia argentina de San Luis (*BDH*, VII, 35-36), donde también nosotros hemos

tenido ocasión de observarlo sistemáticamente tras palatal. En todos los casos nos parece una tendencia endógena y no exógena (hay otro rasgo puertorriqueño, las acentuaciones *piédra, púerta, cúatro*, que parece del Occidente de España, pero don Tomás Navarro no recurre en este caso al occidentalismo quizá porque los pocos pueblos donde se da no coinciden con los del cerramiento de *-o -e*). En cambio, hay un cerramiento sistemático de toda *-o -e* finales por razones exógenas en las regiones quechuistas de la Argentina, Bolivia, Perú y Ecuador.

Tenemos que dar las gracias a don Tomás Navarro por su magnífico estudio del habla puertorriqueña, que plantea tantos problemas generales del español de América. Ningún trabajo es definitivo: "Quedó mucho por hacer —nos dice— para los que se sientan inclinados a continuar este estudio". Muchas de las cuestiones las ha dejado apenas esbozadas, como una invitación para que futuros investigadores puertorriqueños, a través de años de convivencia con el habla de la propia tierra, puedan replantearlas y resolverlas. Cualquier estudio futuro tendrá que tomar como punto de partida las observaciones y resultados de esta importante obra.

ÁNGEL POSENBLAT

Universidad de Caracas.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 4ª edición. Espasa-Calpe, Madrid, 1947. xv + 1019 páginas en 2 vols., con una tabla de genealogías cidianas y ocho mapas.

Después de la primera edición en dos volúmenes, Madrid, 1929, el autor publicó dos ediciones en un solo tomo (Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1939, 1943), suprimidas las notas al pie de página y los apéndices "por conveniencias editoriales", aunque sometiendo el texto a renovado rigor en la documentación (ampliada) y en el ajuste de los hechos. Esa redacción aligerada del aparato técnico-erudito, pero mejorada en muchos pormenores, había sido ya hecha para la traducción inglesa, 1934, y para la alemana, 1936, lo que nos hacía pensar que sería ya su forma definitiva. Afortunadamente, después de esas concesiones editoriales al "gran público", tenemos aquí una nueva edición para historiadores (y por cierto que pocos del "gran público" dejarán de participar en el interés que esta forma completa de la obra nos brinda). Y no simplemente repetida de la primera, sino con muchas y muy importantes adiciones, retoques, confirmaciones, precisiones y algunas rectificaciones, tanto con documentos preciosos recientemente descubiertos, como por nuevo análisis de los antes utilizados. De los documentos nuevos sobresalen los que el ilustre arabista de la Sorbona E. Lévi-Provençal ha ido descubriendo entre los legajos misceláneos y desordenados de la gran Mezquita de Fez, generosamente comunicados en seguida a Menéndez Pidal; documentos que por ser de autores musulmanes generalmente enconados contra el Cid, pero historiadores honrados, vienen a ser fuentes complementarias y de contraste de extraordinario valor, no sólo para el conocimiento del